



Catholic
Universities
Art
Triennale

26

Exercises in Empathy

ART CUT'26

Catholic Universities

Art Triennale 2026

Una exposición, 104 artistas, 14 curadores, 8 ciudades, 3 continentes, por los que circulan ideas de arte, empatía, educación, conocimiento, universidad y, por supuesto, de futuro. Un proyecto alimentado por la convicción de que los lenguajes artísticos son un dispositivo privilegiado para establecer relaciones, diálogos y afinidades sin impedimentos culturales, lingüísticos o políticos.

Una exposición que se desarrolla por todo el mundo, donde se reúnen artistas que hablan diferentes lenguas, que desarrollan distintas poéticas y poseen prácticas artísticas, culturales, sociales y políticas muy diversas. Entre ellos y nosotros, que recibimos y experimentamos sus obras, se desarrolla una amplia conversación, una conversación soñada por Su Eminencia el Cardenal Tolentino de Mendonça y materializada en una vasta exposición a la que él llama “una escuela de empatía”.

¿Por qué el arte para construir esta “escuela de empatía”?

Porque desde que inventamos el arte descubrimos que somos capaces no solo de representar lo real, sino también, a través de esas representaciones, de comunicar y expresar el mundo, lo humano y su espíritu. Un modo de comunicación inédito que, según Bataille, comenzó en la cueva de Lascaux y que aún hoy continúa: inacabado, activo, potente.

Un modo de decir, amar y buscar lo humano y el mundo que tuvo (y tiene) como condición el reconocimiento del otro y la posibilidad de decir al otro en su irreductible singularidad. Una posibilidad de decir al otro basada en nuestra capacidad de establecer una conexión sentimental, racional y colectiva entre el uno y el otro (cualquier otro y todos los otros).

Si reconocer al otro y su humanidad debe estar en la base de cualquier proyecto ético, social y también tecnológico (como identifica el Papa León XIV en su encíclica fundamental Magnifica Humanitas), ese reconocimiento es también una condición del arte. Como dice Walter Benjamin: el arte presupone siempre al conjunto de la humanidad como su receptor; es decir, no puede haber arte sin relación, sin alteridad, sin que uno hable y otro escuche, uno muestre y otro vea. Es decir, no hay arte sin empatía (como tan bien describió Worringer).

Por supuesto, cuando hablamos de arte, no nos referimos simplemente a un conjunto de objetos más o menos bien hechos, que nos gustan más o menos, sino a cosas que misteriosamente condensan sentimientos y provocan en nosotros experiencias sentimentales y espirituales. El arte, con todo el misterio que lo rodea, es una experiencia sentimental a través de la cual nos decimos cosas unos a otros que atraviesan diferentes tiempos, culturas y geografías. Un decir esencial en tiempos de disensos intensos y radicales, de conversaciones imposibles y de modos de vida aparentemente incompatibles.

Partiendo de un conjunto de meditaciones filosóficas sobre el arte, la literatura y la música, la filósofa Martha Nussbaum muestra cómo las emociones provocan conmociones del pensamiento (*upheavals of thought*). Conmociones que no solo amplían la capacidad humana de sentir, sino también de sentir al otro.

El ejercicio imaginativo que realizamos para poder leer un poema, contemplar una pintura, ver una película o escuchar una pieza musical implica no solo la activación de nuestra fantasía, sino también el establecimiento de relaciones entre diferentes personajes, elementos, perspectivas, modos de ver y de ser. Y, en estas distintas experiencias, el lector, el espectador y quien escucha música aprende a apreciar las vidas emocionales de los demás.

Por tanto, a través del arte podemos vivir más de una vida. No solo por los movimientos de la imaginación sensible que nos llevan a tiempos distantes, lugares desconocidos y realidades que nunca anticipamos, sino también, según Nussbaum, porque a través del arte podemos habitar la intimidad de otros seres, sintiendo sus pasos, sus miedos, sus deseos, como si fueran los nuestros. O, como dice el poeta Rilke, el movimiento a través del cual la poesía nos guía nos permite, por un momento, saltar al centro de un ser y ver el mundo como si fuéramos él. No se trata de ver a través de los seres como meras ventanas hacia el exterior, dice el poeta, sino de ver desde dentro.

Para el poeta y para la filósofa, cuando conseguimos vivir esa especie de vidas prestadas que el arte pone a nuestra disposición, resulta más difícil ver al otro como extraño, repulsivo u hostil, incluso cuando fuerzas y organizaciones políticas o determinados medios de comunicación presentan a ciertos grupos y comunidades como amenazantes.

La posibilidad de vivir otra vida a través de nuestra imaginación no solo amplía la sensibilidad humana, sino que, como nos recuerda Martha Nussbaum en *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities* (2010), el arte nos enseña a pensar críticamente, a analizar argumentos y a imaginar la vida desde el punto de vista de alguien que no somos nosotros.

Esta Trienal, en cuanto *Escuela de Empatía*, se asume como un laboratorio moral en el que se propone un conjunto de ejercicios donde cada obra, cada exposición, cada artista, nos conduce hacia prácticas colectivas de empatía que son estéticas, éticas, humanas, políticas y sociales. Y nos enseñan, como borda el artista brasileño Leonilson en una de sus obras textiles/pinturas, “los pensamientos del corazón”.

La enorme ambición de nuestra Escuela de Empatía es proporcional a la dimensión de las conmociones que las sociedades y culturas humanas han sufrido, hasta el punto de hacer muchas veces real lo impensable. Un proyecto que encuentra en las obras de arte dispositivos empáticos que es necesario activar y a los que debemos prestar mayor atención, porque en ellos reside la posibilidad de desactivar la creciente deshumanización que vemos venir hacia nosotros. Una deshumanización provocada por el creciente dominio de los mecanismos digitales y por una especie de sordera que nos vuelve incapaces de cualquier diálogo: todos hablamos como si tuviéramos la boca desdentada, por utilizar la brutal metáfora de Wittgenstein. El arte, como escuela en la que se ejercita este saber mayor sobre el otro, hace que nuestra palabra pueda ser escuchada y nos permite, respondiendo al llamamiento del Papa León XIV, seguir siendo humanos.

Nuno Crespo

Comisario Jefe

Art Cut 26

Trienal de Arte de las Universidades Católicas



**ART
CUT**